

¿La solución? Bombardear Libia

MICHEL COLLON

EN LONDRES los jóvenes desesperanzados quemaron casas y negocios. A pocos kilómetros de allí, a la gente que amasó miles de millones en la Bolsa le enloquece la idea de ganar un poco menos...

Y ¿cómo fue que ganaron esos miles de millones? Obligando a las empresas a reducir los salarios y los empleos. Es decir, destruyendo el porvenir de los jóvenes para aumentar los beneficios de las empresas. Evidentemente ahí está la crisis: si se les quita el ganapán a los consumidores, ¿cómo podrán comprarlo?

Y ahora ¿qué hacen los dueños de la Bolsa? Exigen a los Estados que hagan más recortes sociales, o lo que es lo mismo más jóvenes sin esperanza.

Y al mismo tiempo los ministros —cuyas medidas neoliberales han conducido a esta masacre social— fingen no entender a qué se debe la revuelta. Solo les bastaría ir a escuchar un poco a esos desesperados.

Pero enviar policías a los barrios populares es mucho más fácil que mandarlos a la Bolsa.

Entonces en lugar de destinar todos los presupuestos a la creación de empleos, el Gobierno británico acaba de enviar dos bombarderos más para matar más civiles en Libia y seguir sembrando más odio aún. París, Washington y Bruselas hacen algo parecido... apropiarse del petróleo y de las reservas financieras de los libios, lo que les procurará un poco de dinero de bolsillo para pagar las deudas.

Pero si logran derrocar a Gaddafi ¿qué es lo que sucederá? Más estado providencia en Libia, pero también mayor cantidad de privatizaciones. Más distribución social del dinero del petróleo, pero su confiscación por parte de

las multinacionales. Más ayuda libia al desarrollo autónomo de los países africanos, pero mayor explotación de los recursos por parte de Occidente.

¿La consecuencia? Más africanos sin porvenir serán obligados a emigrar aún y a unirse a los desesperados de Londres, París o Bruselas. Donde trabajarán por nada, lo que será la desgracia de unos y el beneplácito de los otros.

Un sistema absurdo e inhumano. ¿Cuánto tiempo nos dejarán seguir haciéndolo?

ALGUNOS HECHOS Y CIFRAS QUE NO SE MENCIONAN

Los salarios británicos fueron congelados por Cameron mientras que los precios de los alimentos han aumentado un 5%.

En Tottenham (Londres) hay 54 postulantes por cada empleo vacante.

Ningún agente de la Policía Metropolitana londinense ha sido nunca condenado, aunque desde 1988, mataron a 333 personas a mansalva.

El Estado griego tiene una deuda de 350 000 millones de euros. Los capitalistas griegos tienen cuentas en Suiza por un valor de 600 000 millones.

La agencia calificadora Standard and Poors ha degradado la calificación de los EE.UU. porque el "plan del Congreso y de la administración solo prevé pequeños cambios en la política de Medicare" (equivalente a la Seguridad Social en materia de Salud).

El señor J.F. Copé, secretario general de la Unión por un Movimiento Popular, partido de Gobierno en Francia, ha dicho: "Ya hemos reformado las jubilaciones, es necesario que ahora reformemos el seguro médico". (Tomado de Rebelión)



Menos tierra, más hambre

ESTHER VIVAS

EL DRAMA DEL HAMBRE toma de nuevo actualidad a raíz de la emergencia alimentaria en el Cuerno de África, pero las hambrunas son una realidad cotidiana silenciada. En todo el mundo, más de mil millones de personas, según datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), tienen dificultades para acceder a los alimentos. Una hambruna que tiene causas y responsabilidad políticas.

África es una tierra expoliada. Sus recursos naturales han sido arrebatados a sus comunidades a lo largo de siglos de dominio y colonización. Aunque no solo se trata del exprolio de oro, petróleo, coltán, caucho, diamantes... sino, también, de agua, tierras, semillas que dan de comer a sus habitantes. Si el 80 % de la población en el Cuerno de África, como indica la FAO, depende de la agricultura como principal fuente de alimentos e ingresos, ¿qué hacer cuando no hay tierra que cultivar?

En los últimos años, la oleada creciente de privatizaciones de tierras en África (su compra por parte de gobiernos extranjeros, multinacionales agroalimentarias o fondos de inversión) ha hecho aún más vulnerable su precario sistema agrícola y alimentario. Con campesinos y campesinas expulsados de sus tierras, ¿dónde cultivar aquello que comer? Muchos países, consecuentemente, han visto reducir drásticamente su ya limitada capacidad de autoabastecimiento, después de décadas de políticas de liberalización comercial que han menguado su capacidad productiva.

La crisis alimentaria y financiera, que es-

talló en el 2008, dio lugar, como ha documentado ampliamente la organización internacional GRAIN, que apoya a campesinos y agricultores, a un nuevo ciclo de apropiación de tierras a escala global. Gobiernos de países dependientes de la importación de alimentos, con el objetivo de asegurar la producción de comida para su población más allá de sus fronteras, y agroindustria e inversionistas, ávidos de nuevas y rentables inversiones, vienen adquiriendo desde entonces fértiles tierras en países del Sur. Una dinámica que amenaza la agricultura campesina y la seguridad alimentaria de estos países.

Se calcula que desde el año 2008, se han adquirido por esta vía alrededor de 56 millones de hectáreas de tierra a escala global, según datos del Banco Mundial, la mayor parte, más de 30 millones, en África, donde la tierra es barata y su propiedad comunal la hace más vulnerable. Otras fuentes, como el Global Land Project, hablan de entre 51 y 63 millones de hectáreas solo en África, una extensión similar a la de Francia. Se trata de arrendamientos, concesiones o compra de tierras, las formas de transacción pueden ser múltiples y a menudo opacas, en una dinámica que algunos auto-



res han calificado de "nuevo colonialismo" o "colonialismo agrario", al tratarse de una recolonización indirecta de los recursos africanos.

El Banco Mundial ha sido uno de sus principales promotores desarrollando, junto a otras instituciones internacionales como la FAO, la Agencia para el Comercio y el Desarrollo de Naciones Unidas (UNCTAD) y el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), lo que se ha venido a llamar "Principios para una Inversión Agrícola Responsable", que legitiman la apropiación de tierras por parte de inversores extranjeros. A través de la International Finance Corporation (IFC), la institución afiliada al Banco Mundial que se ocupa del sector privado, ha promovido programas para eliminar barreras administrativas, cambiar leyes y regímenes fiscales en países del Sur e incentivar así las inversiones.

Etiopía, uno de los países afectados por la actual hambruna, ha ofrecido tres millones de hectáreas de tierra cultivable a inversores extranjeros de India, China, Paquistán, Arabia Saudita, entre otros. El negocio no podría ser mejor: 2 500 km² de tierra virgen productiva a 700 euros al mes, con un contrato a cincuenta años. Este es, por ejemplo, el acuerdo alcanzado entre el gobierno etíope y

la empresa india Karuturi Global, una de las 25 mayores agroindustrias mundiales, que dedicará estas tierras al cultivo de aceite de palma, arroz, azúcar de caña, maíz y algodón para la exportación. Las consecuencias: miles de campesinos y pueblos indígenas expulsados de sus tierras, precisamente aquellos que más padecen el hambre y la falta de alimentos, así como vastas extensiones de bosques talados y quemados.

Otros países de África como Mozambique, Ghana, Sudán, Malí, Tanzania, Kenia han arrendado millones de hectáreas de su territorio. En Tanzania, el Gobierno de Arabia Saudita ha adquirido 500 000 hectáreas de tierra para producir arroz y trigo para la exportación. En el Congo, un 48 % de su territorio agrícola está en manos de inversionistas extranjeros. En Mozambique, más de diez millones de tierras arrendadas.

La conferencia académica Global Land Grabbing, que tuvo lugar en Gran Bretaña en abril del 2011, señaló el impacto negativo de dichas adquisiciones. Más de un centenar de estudios de casos documentados mostraban cómo estas inversiones no tenían ningún efecto positivo para las comunidades locales, al contrario, generaban desplazamientos y mayor pobreza.

Desde hace años, el movimiento internacional de La Vía Campesina viene denunciando el impacto dramático que esta oleada masiva de acaparamiento de tierras tiene en las poblaciones de los países del Sur. Si queremos acabar con el hambre en el mundo es fundamental garantizar el acceso universal a la tierra, así como al agua y a las semillas, y prohibir especular y hacer negocio con aquello que nos alimenta y nos da de comer. (Adital)